El sendero de los zorros que no habían nacido

Por Shyvirelle

Mora descubrió el primer zorro debajo de una hoja que todavía no había caído.

No era un zorro de carne y pelo. Era una mancha naranja, del tamaño de su mano, proyectada sobre el suelo del sendero. Tenía una punta que parecía hocico y dos triángulos parecidos a orejas. Cuando la niña se inclinó, la mancha se alargó y mostró cuatro patas muy finas.

La sombra que la rodeaba procedía de una rama baja. Al moverse las hojas con el viento, el pequeño animal de luz cambiaba de postura, pero no salía de su espacio naranja.

Mora buscó otro. Lo encontró a dos pasos del primero, bajo la sombra de un helecho. Había un tercero cerca de una piedra. Ninguno dejaba huellas. Aun así, los tres parecían esperar algo.

El sendero atravesaba el jardín viejo hasta el bosquecillo de las casas altas. Lo barrían cada semana porque por allí pasaban personas con bolsas y carretillas. Mora acompañaba a su abuela, que recogía los desperdicios y apartaba las ramas caídas. Esa mañana tenían que terminar antes de que llegaran los vecinos a limpiar.

—Abuela, ven a verlos.

Su abuela se agachó junto a la primera mancha.

—No recuerdo haber visto una sombra de ese color.

—Tampoco son sombras normales. Parecen zorros.

La abuela miró hacia el bosque. Cerca de una hondonada había una madriguera que nadie tocaba. Llevaban días viendo por los alrededores una silueta adulta, aunque desde tan lejos no podían asegurar nada sobre lo que ocurría bajo tierra.

—Tal vez solo quieren que los miremos —dijo la abuela.

A Mora no le pareció suficiente. Si aquellos animales aún no podían caminar por el mundo, quizá necesitaban que alguien les preparara un camino. Miró la primera mancha, luego el patio de su casa, visible detrás de la verja. Pensó que sería más fácil protegerlos allí, donde nadie pasaría con una escoba.

Cortó con la mano una hoja seca que colgaba de una rama cercana. La luz entró por el hueco nuevo. La mancha naranja desapareció de debajo de sus pies.

—¡Se ha ido!

Un segundo después la vio al otro lado de la piedra, más lejos de su casa. Estaba vuelta hacia el bosque. Al cambiar la sombra, la mancha había buscado otro sitio.

Mora no cortó otra hoja.

A lo largo de la mañana comprobó la regla sin arrancar nada más. Cuando una sombra cambiaba porque el viento movía una rama, los zorros de luz se estiraban o se encogían. Pero si una hoja se desprendía y dejaba un espacio sin sombra, la mancha saltaba a un lugar distinto del sendero. Nunca se acercaba al patio por el claro que Mora había abierto. Había menos lugares donde pudiera detenerse.

La abuela juntó las hojas caídas en un montón, lejos de las manchas.

—No vamos a llevar el bosque a casa —dijo—. Quizá cuidar el camino consiste en dejarlo donde está.

Antes del mediodía llegaron los vecinos con escobas. Uno anunció que iba a recoger las hojas junto al muro y a podar las ramas bajas. Mora vio que, si quitaban las ramas que daban sombra al sendero, desaparecerían las formas naranjas. Los adultos seguirían teniendo paso, pero aquel camino extraño no llegaría a ninguna parte.

—Esa franja no —pidió.

El vecino dejó el rastrillo apoyado en el suelo.

—Es la zona que siempre limpiamos.

Mora le mostró las manchas. Bajo una rama baja, la primera tenía otra vez orejas y cola. Las demás formaban una hilera que avanzaba hacia el bosque, sin tocar el centro del camino.

—Podemos limpiar el medio —propuso Mora— y dejar las ramas bajas de la orilla. Solo esa franja.

El vecino observó el paso. La carretilla cabía por el centro sin dificultad. Aceptó probar, con la condición de retirar cualquier rama que impidiera caminar. No necesitaban entender la causa del color para evitar barrerlo por costumbre.

Mora colocó unas piedras pequeñas en el límite exterior de la franja, sin encerrar a los animales. Después ayudó a recoger papeles y trozos de cuerda del resto del sendero. La abuela barrió con ella, despacio, para no cubrir los puntos naranjas con polvo.

Durante los días siguientes, las manchas aparecieron en lugares distintos. A veces había cinco; otras, solo una. Al caer la tarde, todas apuntaban al bosque. Comprendió que no eran animales que pudiera guardar en una caja ni conducir con migas hasta su puerta. Dependían de sombras que ella no debía arrancar para hacer sitio a sus deseos.

Una tarde empezó a llover. Mora volvió corriendo al sendero y no encontró ninguna mancha. La abuela la esperó bajo el tejadillo.

—El camino no desaparece porque hoy no puedas verlo —dijo.

Mora quiso creerla. No volvió a arrancar hojas para comprobarlo.

Pasó una semana. La mañana del primer sol claro, ambas se detuvieron en el mismo lugar donde Mora había visto el zorro de luz. Desde el borde del bosque, sin acercarse a la hondonada, observaron una figura adulta que cruzó un claro seguida de varias crías pequeñas. No había necesidad de ir tras ellas. Tenían su propio camino.

Mora bajó los ojos. Las manchas naranjas casi habían desaparecido. Solo quedaba una, junto a la piedra donde todo había comenzado. Tenía el hocico vuelto hacia la hondonada.

El viento movió la rama. Las sombras cambiaron de sitio. Por primera vez, la mancha no las siguió.

Mora esperó, sin tocarla. Al cabo de un rato comprendió que ya no anunciaba un viaje por hacer. Era el lugar que lo recordaba.

La abuela levantó la escoba para continuar con el camino despejado. Mora le tomó la mano y la condujo por el centro, dejando en paz la franja de hojas.

No todo lo que había protegido necesitaba quedarse con ella.